



Churchill

ROY JENKINS

PENÍNSULA HUELLAS

Churchill
Roy Jenkins

Epílogo de Simon Schama

Traducción de Carme Camps

ediciones península

Título original: *Churchill*

© Roy Jenkins, 2001

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2002
Primera edición en Península: octubre de 2008
Primera edición en esta colección: mayo de 2014

© del epílogo: Simon Schama, 2002
© de la traducción: Carme Camps Monfà, 2002
© de esta edición: Ediciones Península, S.A.,
Pedro i Pons 9, 11^a pta
08034 - Barcelona
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com

Bookprint - impresión
Depósito legal: B. 7.839-2014
ISBN: 978-84-9942-327-2

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	11
<i>Breve glosario de términos parlamentarios</i>	15

PRIMERA PARTE UN JOVEN IMPETUOSO 1874-1908

1. UNOS ORÍGENES DUDOSOS	23
2. ALFÉREZ DEL IMPERIO Y PERIODISTA OCASIONAL	43
3. OLDHAM Y SUDÁFRICA	70
4. DE TORY A LIBERAL	88
5. CONVERSIÓN EN MINISTRO	114
6. UN SUBSECRETARIO EN ASCENSO	138

SEGUNDA PARTE LA LUCIÉRNAGA RELUCE: LA MAÑANA ERA DORADA 1908-1914

1. DOS CAMPAÑAS ELECTORALES Y UN ALTAR	157
2. EL APRENDIZ DE BRUJO EN EL MINISTERIO DE COMERCIO	171
3. UN JOVEN MINISTRO DE INTERIOR	197
4. DE LAS CÁRCELES A LOS BUQUES DE GUERRA	224
5. «EL GOBERNANTE DE LA NAVE DEL REY»	241
6. CHURCHILL EN ASQUITHLAND	257

TERCERA PARTE
EL MEDIODÍA ERA BRONCE
1914-1918

1.	UN PRIMER LORD QUE SE DEBATE	281
2.	ÚLTIMOS MESES EN EL ALMIRANTAZGO	293
3.	¿ACABADO A LOS CUARENTA?	318
4.	UN IMPROBABLE CORONEL Y UN REINGRESO MAL CALCULADO	331
5.	EL VAGÓN AMBULANCIA DE LLOYD GEORGE LLEGA UN POCO TARDE	354
6.	APROVECHANDO AL MÁXIMO EL MINISTERIO DE ARMAMENTO	371

CUARTA PARTE
VACILANTE SOL DE TARDE
1919-1939

1.	CRUZADO ANTIBÓLCHEVIQUE Y PACIFICADOR DE IRLANDA	393
2.	UN POLÍTICO SIN PARTIDO NI ESCAÑO	420
3.	ORO Y HUELGAS	445
4.	ESCRITOR INCANSABLE	473
5.	EL CUCO FUERA DEL NIDO	489
6.	IMPRUDENCIA EN EL DESIERTO	504
7.	UN DESPERTADOR QUE SUENA TEMPRANO	523
8.	ARMAS Y EL PACTO	542
9.	DE LA ABDICACIÓN A MUNICH	568
10.	EL ÚLTIMO AÑO DE PAZ	595

QUINTA PARTE
¿SALVADOR DE SU PAÍS Y LUZ DEL MUNDO?
1939-1945

1.	GUERRA SILENCIOSA CON ALEMANIA Y PAZ INQUIETA CON CHAMBERLAIN	617
2.	DEL DESASTRE EN LOS FIORDOS AL TRIUNFO EN DOWNING STREET	637
3.	VEINTIÚN DÍAS DE MAYO	657
4.	LA TERRIBLE BELLEZA DEL VERANO DE 1940	681

5. LA BATALLA DE INGLATERRA Y EL INICIO DEL «BLITZ»	702
6. NUNCA MÁS SOLO	720
7. LA CEREMONIA DE MATRIMONIO ANGLOAMERICANO	743
8. EL AÑO BISAGRA	755
9. 1943: DE CASABLANCA A TEHERÁN	783
10. REGRESO A FRANCIA	809
11. EL PRINCIPIO DEL FIN	827
12. VICTORIA EN EUROPA Y DERROTA EN GRAN BRETAÑA	856

SEXTA PARTE

¿FUE UNA VELADA TRISTE?

1945-1965

1. «EL PACIENTE INGLÉS»	889
2. DOS ELECCIONES Y UNA RESURRECCIÓN	915
3. UN GOBIERNO DE CONSENSO	933
4. «UN AVIÓN... QUE SE ESTÁ QUEDANDO SIN COMBUSTIBLE»	953
5. UNA CELEBRACIÓN Y UNA ÚLTIMA SALIDA	979
6. EL SOL SE PONE LENTA, MUY LENTAMENTE	993

Epílogo: Liberar a Churchill del mausoleo, por SIMON SCHAMA 1009

Bibliografía 1023

Notas 1029

Índice 1063

UNOS ORÍGENES DUDOSOS

Churchill era de origen aristocrático, ducal para ser exactos, y algunos han visto en ello la clave más importante de toda su carrera. Esto es poco convincente. Churchill fue un personaje demasiado idiosincrásico e imprevisible, y con demasiadas facetas, como para dejarse encorsetar por las circunstancias de su nacimiento. Su entrega a su carrera y su convicción de que era un hombre con un destino eran mucho más fuertes que cualquier lealtad de clase o tribal. Han existido políticos con un gran sentido del deber y del honor—acuden de inmediato a mi mente Edward Halifax y Alec Douglas-Home—que vieron la vida a través de unas anteojeras muy limitadas por sus antecedentes como hacendados. Pero Churchill sin duda no se encontraba entre ellos. Aparte de cualquier otra consideración, jamás tuvo tierra alguna fuera de su precaria propiedad (y posteriormente solo ocupación) de ciento veinte hectáreas que rodean Chartwell, la casa de West Kent situada a tan solo treinta y ocho kilómetros de Londres que compró en 1922 y consiguió conservar, gracias a ayudas económicas de algunos amigos, durante las restantes cuatro décadas de su vida.

La segunda razón es que la herencia Marlborough no gozaba de gran estima ni tenía antecedentes de servicio público o de opulencia estable. La familia tuvo un memorable fundador en la persona del bravucón John Churchill, vencedor en la primera década del siglo XVIII de las Batallas de Blenheim, Ramillies, Oudenaarde y Malplaquet, quien entre otras cosas adquirió una elegante mansión. Pero incluso este primer duque, aunque inspiró a Winston Churchill para escribir cuatro resonantes volúmenes de alabanzas (y de refutación de las críticas del historiador Thomas Babington Macaulay) poco más de doscientos años después de su muerte, fue tan famoso por su implacable progreso personal como por sus hazañas marciales; y la casa, como da a entender su nombre, palacio de Blenheim, y como pretendía lograr su arquitectura Vanburgh, que realza sus dimensiones, era llamativa incluso para la época.

Los posteriores titulares del ducado aportaron poca distinción y mucho libertinaje. En 1882, cuando se había llegado al séptimo en la línea, Gladstone, que en general tenía un excesivo respeto por los duques, declaró que ninguno de los Marlborough había demostrado tener moral ni principios. No cabe duda de que el segundo, tercero y cuarto duque no añadieron lustre al apellido. El quinto fue un jardinero de talento, pero dilapidó gravemente la fortuna de los Marlborough y tuvo que abandonar la elegante finca secundaria (actualmente sede de la Universidad de Reading) donde había puesto en práctica sus habilidades botánicas. El sexto fue casi igualmente derrochador. El séptimo, que era el padre de lord Randolph y, por tanto, abuelo de Winston Churchill, fue el que se acercó más a la respetabilidad y a poseer un historial de servicio público. Fue diputado durante diez años, Lord Presidente del Consejo con Derby y con Disraeli en 1867-1868, y virrey de Irlanda durante los últimos cuatro años del segundo Gobierno de Disraeli. (Pero quizá su hazaña más singular fue ser causa de un despiste en el *Dictionary of National Biography*, que erróneamente lo incluía, en las versiones íntegra y abreviada, como el sexto duque en lugar del séptimo.)

El historial de este séptimo duque como padre fue al mismo tiempo más impresionante y más variado. Por una parte, inició una dinastía de dos generaciones que hizo que el apellido Churchill sonara en la vida nacional de Gran Bretaña de un modo en que no lo había hecho desde la muerte del primer duque en 1722. Por otra parte, su eco, en el caso de lord Randolph, tenía una clara nota de oropel. Y el hermano mayor de lord Randolph fue, en palabras de un eminente historiador moderno, «uno de los hombres de peor fama que jamás ha envilecido el más alto rango de la nobleza británica».¹ Llevó el nombre de Blandford, título del heredero Marlborough, durante casi toda su vida, que fue relativamente corta, durante la cual fue expulsado de Eton, fue protagonista de dos escándalos sexuales, uno de los cuales lo implicaba en una violenta discusión con el príncipe de Gales (discusión en la que la culpa tal vez no fuera unilateral) y vendió, como operación firme a corto plazo, toda la formidable colección de cuadros Marlborough. Su único acto constructivo fue instalar la electricidad y una forma rudimentaria de calefacción central en Blenheim. Esto lo pagó su segunda esposa, que era una rica norteamericana que aportó dólares e inició la tradición familiar de los Churchill de mirar hacia Estados Unidos con fines matrimoniales. Este ejemplo fue seguido por su hijo, el noveno duque, el primo de

Winston Churchill y casi contemporáneo, que se casó con dos herederas del otro lado del Atlántico, y por su hermano menor (lord Randolph Churchill), que se casó con una (la madre de Winston Churchill). La fortuna del padre de lady Randolph era, sin embargo, un poco precaria. Además, no estaba dispuesto a contribuir demasiado con ella al mantenimiento de la familia Churchill.

Desde el octavo duque ha habido otros tres Marlborough. Aunque elevaron un poco el nivel del octavo duque, es difícil encontrar muchas cosas positivas que decir de ellos. Los antepasados de la familia de Winston Churchill, aunque nominalmente pertenecían a la más alta aristocracia, eran algo inferiores a los de un Cavendish, un Russell, un Cecil o un Stanley.

Winston Churchill nació el 30 de noviembre de 1874 y, por accidente, lo hizo en la residencia de esta familia de abolengo algo dudoso: en el palacio de Blenheim, aunque en un dormitorio singularmente sombrío. El accidente se produjo porque nació con dos meses de antelación. Debería haber nacido en enero, en la pequeña pero elegante casa de Charles Street (Mayfair), que su padre había alquilado para recibirle, o, quizá con mayor propósito, para utilizarla como base para la vida metropolitana algo disoluta a la que lord Randolph y su esposa, con la que estaba casado desde hacía solo siete meses y medio, eran aficionados. Como esta casa aún no estaba preparada, en otoño se habían refugiado en Blenheim, y, como lo expresó lord Randolph en una carta que escribió a su suegra, que estaba en París: «[Lady Randolph] sufrió una caída el martes cuando caminaba con los cazadores, y un viaje imprudente y bastante brusco en un carruaje tirado por ponis le produjo los dolores el sábado por la noche. Tratamos de detenerlos, pero fue inútil».² Ni el tocólogo de Londres ni su auxiliar de Oxford pudieron llegar a tiempo, aunque el parto duró veinticuatro horas desde el inicio de los dolores, y el niño nació el lunes por la mañana muy temprano con la única ayuda del médico rural de Woodstock. Tanto la madre como el niño sobrevivieron a esta falta de atención con perfecta salud, al igual que el médico local, quien, no se sabe si como consecuencia de ello, pudo ir a ejercer a Londres una década más tarde.

Todo lo relacionado con la llegada de Winston Churchill al mundo se hizo con prisas. Quizá la frase más recordada de lord Randolph (y las frases eran su fuerte) fue su descripción de Gladstone como «un anciano con prisas». Su propio estilo era al menos en igual medida el de un joven con prisas, casi en un constante frenesí de impa-

ciencia, y quizá lo era de forma racional, pues, aunque tenía treinta y nueve años menos, murió tres años antes que Gladstone. Especialmente apresurado fue su cortejo de la señorita Jennie Jerome. Se conocieron en una fiesta en la regata de Cowes el 12 de agosto de 1873 y se comprometieron para casarse tres días después.

Se produjo entonces el único período de estancamiento de la saga. La familia Jerome era en realidad una familia norteamericana muy adecuada para una alianza con los Marlborough. Leonard Jerome era un tiburón del mundo de las finanzas de Nueva York. Winston Churchill, en la biografía que hizo de su padre en 1905, sumamente entretenida aunque hagiográfica, decía de Jerome que había «fundado y dirigido el *New York Times*».³ Esto respondía más a la piedad familiar que a la verdad. Jerome había sido por un breve tiempo, en el curso de unos tratos financieros, propietario en parte del *Times*. Pero su punto fuerte no era la publicación de periódicos sino las carreras de caballos: había fundado el hipódromo Jerome Park y el Coney Island Jockey Club. Había algo de Joseph P. Kennedy en él. Incluso se sugirió que había puesto el nombre de Jenny Lind a su segunda hija, ‘el ruiseñor sueco’ (aunque escrito de diferente manera), que era su principal *innamorata* del momento. Le complacía la idea de que su segunda hija se casara con el hijo de un duque inglés (aunque no fuera el heredero), pero no hasta el punto de hacerlo de buena gana, como la broma que iba a hacer John F. Kennedy acerca de la financiación por parte de su padre de la campaña presidencial de 1960, «pagar por una victoria aplastante». Al principio, el séptimo duque se opuso a la idea de la unión, sin dejarse impresionar por la precipitación incontrolada de la pasión de su hijo y creyendo, además, que «este tal señor J. parece un tipo de hombre decente, pero yo diría que vulgar», que era evidentemente «de la clase de los especuladores; ha estado dos veces en bancarrota y puede volver a estarlo».⁴ Durante el otoño, el duque, de mala gana, superó estas objeciones de principio gracias a la determinación de su hijo. Fue el primero, pero en modo alguno el último, de los Marlborough que tenía que tratar con los padres de herederas norteamericanas y sentó el precedente de creer que lo menos que podían hacer los consuegros por el honor de semejante noble alianza era financiarla generosamente.

Había, sin embargo, dos dificultades. En primer lugar, Leonard Jerome, de acuerdo con las descripciones que hacía el duque de los peligros de su ocupación, se hallaba en un descenso especulativo. Había resultado muy perjudicado por la caída de la bolsa de Nueva

York de aquel año (1873). En segundo lugar, afirmaba tener ideas avanzadas en el Nuevo Mundo sobre los derechos financieros de las mujeres casadas. (Esto sucedía antes de que la Ley de la Propiedad de las Mujeres Británicas Casadas de 1882 concediera a las mujeres algún derecho a la propiedad en contra de sus esposos.) El duque suponía que cualquier acuerdo que se obtuviera estaría bajo el control exclusivo de su hijo. Jerome creía que debía hacerlo su hija. Esto produjo muchas discusiones que duraron hasta la primavera de 1874. Al final se llegó a un acuerdo por el que Jerome fijaba una suma de cincuenta mil libras (aproximadamente dos millones y medio de la actualidad), que producían unos ingresos de dos mil libras al año, y la mitad del capital y de las rentas pertenecía al esposo y la mitad a la esposa. El duque fijó otras mil cien libras al año de por vida para Randolph, lo que proporcionaba a la pareja el equivalente a unos ingresos actuales de poco más de ciento cincuenta mil libras al año, suma que garantizaba que vivirían constantemente por encima de sus posibilidades y estarían siempre endeudados.

En cuanto se llegó a este acuerdo se casaron, el 15 de abril de 1874. No se puede decir que la boda tuviera lugar *en beauté*. No se celebró en Woodstock, o en una iglesia apropiada de Londres, o en un lugar equivalente de la Quinta Avenida. Se celebró en la embajada británica en París. Los Jerome asistieron a ella y se encontraron entre los pocos testigos, pero los Marlborough no estaban presentes; Blandford representó a la familia. Sin embargo, no había ostracismo. La pareja era bien recibida en Blenheim y en mayo ofrecieron una recepción pública en Woodstock, por cuyo pequeño municipio familiar lord Randolph había sido primer diputado, elegido por un margen bastante estrecho, en las elecciones generales de febrero de 1874. En la época en que fue elegido y en la que nació Winston Churchill tenía veinticinco años. Jennie Churchill tenía veinte.

Ésta había pasado la mayor parte de su adolescencia en París, ciudad que la señora Jerome parecía preferir a Nueva York, estaba considerada una belleza y ya había suscitado una gran admiración antes de conocer a lord Randolph. Su aspecto sin duda era atractivo, pero lo que se percibe con más claridad en muchas fotografías es que rápidamente adquirió un aspecto duro, autoritario y cada vez más inmoderado. Su comportamiento como esposa y como madre era al menos tan irregular como el del séptimo duque de Marlborough como padre. Ella y Randolph sin duda comenzaron sobre una base de pasión mutua. Aunque a los dos les gustaba la vida elegante de

Londres, ella aceptó con calma e incluso alegría los tres años de virtual exilio en Dublín que siguieron a la discusión que su esposo tuvo, en 1876 (por una dama, pero por parte de sus hermanos, no la suya), con el príncipe de Gales. Su segundo hijo, Jack, nació en la capital irlandesa a principios de 1880. Se ha sugerido que este niño era de un padre diferente del de Winston Churchill, aunque ello no impidió que los dos hermanos estuvieran muy unidos en diversos períodos de su vida, sobre todo en Sudáfrica a principios de siglo y en la cima de la carrera de Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial, cuando alojó a Jack, que había enviudado, en el número 10 de Downing Street. El candidato más romántico a padre era el conde Charles Kinsky, un diplomático austriaco de origen aristocrático y de una orgullosa elegancia que recordaba el retrato de lord Ribblesdale realizado por Sargent. Lady Randolph mantuvo una estrecha amistad con él a principios y mediados de la década de 1880, pero las fechas no coinciden a la hora de darle el papel de procreador: no llegó a Londres hasta 1881. Si se pone en duda la legitimidad de Jack Churchill, un candidato más probable es el coronel John Strange Jocelyn, por aquel entonces establecido en Dublín, que sucedió a su sobrino como quinto conde de Roden, a finales de 1880. Tenía treinta años más que lady Randolph, pero esto no era necesariamente un obstáculo.

Lady Randolph cuidó de su esposo bastante bien durante una larga enfermedad que lo apartó de la política desde la primavera hasta el otoño de 1882, y muy bien durante los últimos y trágicos tres años de degradación física anteriores a su muerte, acaecida a principios de 1895. Pero la pareja se mantuvo apartada durante gran parte de los años ochenta, incluidos los años del breve apogeo político de lord Randolph. Ella, como la reina Victoria, no se enteró de su desastrosa dimisión en 1886 como ministro de Hacienda hasta que lo leyó en el *Times*. Durante esos años tuvo muchos pretendientes, de los cuales más de uno y más de dos probablemente fueron amantes suyos. Aparte de los mencionados, se incluían entre ellos el marqués de Breteuil, lord Dunraven, el novelista francés Paul Bourget y el rey Milan de Serbia. George Moore, el novelista angloirlandés, dijo de ella que tuvo doscientos amantes, pero, consideraciones aparte, esta cifra es sospechosamente redonda. Ella afirmaba haber rechazado las proposiciones de sir Charles Dilke, lo cual no impidió que lord Randolph, que daba la impresión de ser más tolerante, intentara atacarlo.

Tras la muerte de lord Randolph, la elección de pareja por parte de su viuda se hizo más extraña así como más pública. En 1900, a la edad de cuarenta y seis años, insistió en casarse con George Cornwallis-West, un alférez de la Guardia Escocesa que tenía veinte años menos. El matrimonio duró catorce años antes de acabar en divorcio. Cornwallis-West poseía un considerable poder de atracción, pues acto seguido se casó con la señora de Patrick Campbell. Tres años más tarde, lady Randolph se casó por tercera vez con Montague Porch, un terrateniente hasta entonces desconocido que había sido funcionario del Colonial Office en Nigeria y que era aún más joven que Cornwallis-West. Lady Randolph murió en 1921, a la edad de sesenta y siete años. Porch sobrevivió hasta 1964.

¿Fue Jennie Churchill mejor madre que esposa? El comentario más famoso de su hijo mayor sobre los primeros años de su relación parece al mismo tiempo de admiración y de tristeza. Tras citar un pasaje aduladorio (en el que la frase más asombrosa era «tenía un aspecto más de pantera que de mujer») escrito por el futuro lord D'Abernon tras verla por primera vez durante el período que ella pasó en Irlanda, Winston Churchill comentó: «Mi madre causó la misma impresión brillante en mis ojos infantiles. Brillaba para mí como el Lucero Vespertino. La quería muchísimo, pero de lejos».⁵ Esto aparece en *My Early Life* (es decir, hasta 1906), que publicó en 1930 y es probablemente el más atractivo de todos sus libros, en el que utiliza una leve nota de ironía despegada. El hecho de que estas frases fueran escritas y publicadas casi cincuenta años después del período al que se refieren les confiere una validez mayor, no menor.

Además, las confirma la correspondencia de la época. Durante los dos años que pasó en su primera escuela preparatoria (St. George's, en Ascot, que, según los testimonios independientes del propio Churchill y del crítico de arte Roger Fry, era un lugar de una brutalidad espantosa incluso para la época), durante los siguientes tres años y medio en un establecimiento de Brighton mucho más amable y, luego, durante los casi cinco años que pasó en Harrow, hay una constante esperanza de visitas que no tuvieron lugar y de deseos de recibir más atención en el futuro; además, tenía la sensación de que lo apartaban y no era bien recibido en casa durante las vacaciones, fueran largas o cortas.

La forma de dirigirse a sus padres en las cartas también es interesante. Churchill empezaba con mayor frecuencia con «Mi querida mamá» y terminaba con más variaciones. Un ejemplo bastante típico del segundo año de estancia en Harrow era: «Adiós, familia, con

amor quedo, vuestro hijo Winston S Churchill». Ella habitualmente le escribía, no con demasiada infrecuencia pero muy brevemente: «Mi queridísimo Winston» y terminaba: «Tu madre que te quiere JSC».⁶

Había dos competidoras que le escribían cartas al menos igual de afectuosas o más. Una era la condesa de Wilton, en los años importantes de una mujer que ya ha cumplido los cuarenta, que le escribía a menudo y solía empezar con un «Queridísimo Winston» y terminaba, de modo muy significativo, «Con todo mi amor, tu siempre afectuosa segunda madre, Laura Wilton».⁷ La otra era la niñera de Churchill, la señora Everest, quien empezó a cuidar de él (y posteriormente de su hermano Jack) al cabo de un mes de su nacimiento. Elizabeth Everest era de Medway Towns, y una de sus influencias duraderas fue que Churchill sintiera que Kent era el mejor condado de Inglaterra. Ella habría aprobado (más que Clementine Churchill) que adquiriera Chartwell veintisiete años después de su muerte. Antes de trabajar para los Churchill había cuidado de la hija pequeña de un clérigo de Cumberland, a quien Winston fue a buscar al cabo de veinte años para que acudiera con él a su tumba.

La señora Everest poseía, entre otros atributos, un gran poder descriptivo, pues hizo tan nítida a Churchill la vida en casa de aquel pastor del norte que, aunque de forma indirecta, fue uno de sus primeros recuerdos más permanentes. No hay pruebas de que existiera jamás un señor Everest, de modo que el tratamiento de «señora» era puramente honorífico, como el de muchas amas de llaves de la época. Aunque tenía una hermana (que se casó con un vigilante de prisiones de la isla de Wight), a cuya casa llevó a Winston en una ocasión para quedarse en ella, proporcionándole así, según se ha sugerido, la única experiencia de una vida humilde, fue capaz de concentrar casi todo su afecto en los dos pequeños Churchill. Fue el puntal emocional básico de la infancia de Winston y la dependencia mutua prosiguió durante su adolescencia. Los Churchill no la conservaron tras la infancia de Jack, pero Winston al menos mantuvo contacto con ella y la visitó varias veces durante su enfermedad final.

Las cartas de la señora Everest a Churchill empezaban (21 de enero de 1891, cuando él tenía dieciséis años) con un «Mi querido Winny» y terminaban así: «Mucho amor y besos de tu querida vieja “woom”».⁸ Un encabezamiento y un final típicos de él a ella (desde Harrow, julio de 1890) era: «Mi querida vieja “woom”» y «Adiós, querida, espero que se divierta, con amor, de Winny».⁹ Otra persona que

empleaba el «Winny» (o «Winnie») era el conde Kinsky. El 5 de febrero de 1891 escribió una carta desde la embajada austro-húngara en Belgrave Square cuyo contenido, así como los saludos, no carecen de interés: «Te envío todos los sellos que he podido recoger de momento. ¿Quieres que te envíe otros más adelante? Si es así, dímelo. ¿Cómo está tu vieja cabeza? Espero que bien otra vez. Mañana me voy a Sandringham hasta el lunes. Ahora voy a almorzar con mamá, o sea que debo dejarte. Sé buen chico y escribe si no tienes nada mejor que hacer [...]. Tuyo siempre, CK».¹⁰

La inexistente relación de Winston Churchill con su padre fue aún más triste que su débil relación con su madre. Lord Randolph estaba demasiado entusiasmado por la política durante su período de éxito y demasiado deprimido por ella (y por su salud) durante su declive como para tener tiempo para ejercer de padre. Es una gran ironía que ahora, más de un siglo después de su muerte, sea más conocido como padre. En vida, su fuerte fue siempre la búsqueda y consecución de una fama intensamente personal, al igual que el ser padre o cualquier otra forma de actividad doméstica ciertamente no lo fueron. El comentario más punzante sobre las relaciones de Winston Churchill con su padre es el que se dice fue hecho a su propio hijo, otro Randolph, no menos satisfactorio, a finales de los años treinta, cuando ese Randolph tenía veintiséis o veintisiete años. Cenaron juntos y quizá con demasiado alcohol, solos en Chartwell. Hacia el final de la larga cena, Churchill dijo: «Esta noche hemos conversado más de lo que jamás conversé con mi padre en toda su vida».¹¹

Si lord Randolph no aparece como un buen padre, ¿cómo aparece, con la perspectiva de más de cien años, como político? No mucho mejor, en mi opinión. Tenía el don de la insolencia, que puede definirse como la capacidad de pensar frases memorablemente divertidas y el valor de pronunciarlas sin miedo. No es en modo alguno un don despreciable, pero no del más alto orden. Lo ha compartido con Disraeli, Joseph Chamberlain y F. E. Smith (lord Birkenhead). Pero todos ellos pertenecían a una categoría diferente de la suya, por su propósito constructivo y la coherencia de sus ideas. Randolph Churchill poseía algunas cualidades aparte de su insolencia que hacían que sus palabras tuvieran eco y su fama aumentara. Tenía un apellido memorable, un aspecto idiosincrásico y era buen orador, ya fuera en una plataforma provinciana o en la Cámara de los Comunes. También poseía un encanto particular, fuerte aunque esporádico y mez-

clado con una rudeza ofensiva y a menudo inútil. Pero ¿poseía cualidades ocultas bajo su carisma insolente y ligeramente vulgar que elevaran su actuación por encima de la «travesura» política, designación pronunciada memorablemente por Salisbury, el líder conservador de las dos últimas décadas del siglo XIX? ¿O era su historial tan solo el de un joven básicamente inmaduro sin mucha calidez de corazón o profundidad de cerebro?

Las opiniones de sus principales contemporáneos se inclinaban mucho más en la dirección desfavorable. Gladstone, el aún más dominante líder liberal, aunque prestó un sorprendente tributo a su «cortesía», creía que no tenía «un solo grano de convicción en él salvo en lo abstracto» (sea lo que sea lo que esta última frase quería decir). Arthur Balfour, que había sido uno de los cuatro miembros del Fourth Party de lord Randolph,¹² aunque nunca del todo vinculado a él, decía que tenía «los modales de un pirata y el valor de una institutriz».¹³ En 1884, Salisbury (aunque posteriormente le dio puestos importantes en sus dos primeros gobiernos) creía que Randolph era la antítesis del *Mahdi* sudanés que «finge estar medio loco y en realidad está muy cuerdo».¹⁴ El *Mahdi* estuvo a punto de asesinar al general Gordon, al que podía aplicarse el mismo comentario, aunque también al revés.

El verdadero problema con Randolph Churchill era que casi todas sus actitudes políticas estaban dictadas por el oportunismo y no por ningún cuerpo de creencias coherente. La democracia tory era su tema central. Pero no tenía muy claro lo que quería decir con ello, excepto que lo veía como un buen eslogan para autopromocionarse y para atormentar a la vieja guardia de su partido, primero a sir Stafford Northcote y luego al propio Salisbury. Era un poderoso orador demótico, pero nunca estuvo muy claro con qué fin quería movilizar a su público de clase obrera. Había cierto «rowdyismo instintivo», como lo expresó una necrológica aparecida en el *Spectator*, en su política. Le gustaba que ocasionalmente hubiera algún alboroto provincial y una Cámara de los Comunes desordenada. Pero sus intentos de levantar a la multitud por la causa tory fueron en esencia estériles. La promoción de Salisbury del «conservadurismo de pueblo» era mucho más racional y tenía mucho más éxito porque se basaba en una confluencia real de intereses. Combinado con la creación de los distritos electorales suburbanos de un solo miembro, característica de la reforma electoral de 1885 que Salisbury había negociado perspicazmente con Gladstone, éste efectuó una contribución mucho

mayor a la solidez de la representación conservadora en Inglaterra, salvo por los años muy malos de 1906, 1945 y 1997, que todas las incursiones que intentó Randolph Churchill.

El oportunismo de lord Randolph produjo varios cambios de postura desconcertantes. En otoño de 1883 dio un discurso en Edimburgo tan hostil a cualquier ampliación del derecho al voto que Arthur Balfour, que compartía la tribuna con él, creyó necesario reprimirlo amablemente antes de que terminara el mitin. Pero al cabo de unos meses estaba denunciando la «mediocridad de una mente inalterable» y abogando por la plena asimilación del condado al cuerpo electoral del distrito. Tal vez esto tenía que ver con su búsqueda de un escaño en una Birmingham radical (Woodstock tenía que desaparecer con la redistribución), pero probablemente se debía aún más a su natural receta de la acción política que puede resumirse así: «Si al principio no tienes éxito, baraja las cartas y vuelve a intentarlo». El discurso de Edimburgo fue muy mal recibido.

Aún menos consistente era la actitud de Randolph Churchill con la cuestión irlandesa dominante. Irlanda fue cada vez más difícil de gobernar como parte de Gran Bretaña durante los primeros años del segundo Gobierno Gladstone. Charles Stewart Parnell, terrateniente protestante, paradójicamente (pues gran parte de la agitación se debía a la religión y a la posesión de tierras) estaba resultando un poderoso nuevo líder del Partido Nacionalista Irlandés, aficionado a congregar multitudes en Irlanda y a desbaratar los procedimientos de la Cámara de los Comunes en Londres. El Gobierno liberal intentó una solución que combinase una reforma agraria con el recurso a la coerción (es decir, a través de una policía especial y de incrementar por ley el poder de los tribunales). Ninguna de las dos cosas fue eficaz, y estos fracasos empezaron a preparar la mente de Gladstone para su dramática conversión de 1885 al Irish Home Rule ('Autogobierno Irlandés'). El asunto era complicado por el hecho de que, si bien en las otras tres provincias el grueso de la población era celta y católica, gran parte del Ulster (a la sazón la parte más próspera del país) estaba habitado por presbiterianos de origen escocés que preferían ser gobernados desde Londres y no desde Dublín. Los presbiterianos escoceses a veces fueron conocidos como orangistas, llamados así por el rey Guillermo de Orange, que facilitó su asentamiento tras la Batalla del Boyne en 1690.

Lord Randolph se convirtió en un agente principal de la alianza conservadora con Parnell durante el verano y el otoño de 1885. Esta

alianza produjo el segundo Gobierno de Gladstone y luego recogió el voto irlandés en Inglaterra para los conservadores, en particular en Lancashire. En busca de este objetivo, lord Randolph pretendía socavar las decisiones de «ley y orden» del quinto conde Spencer, el virrey en Dublín inmediatamente anterior a Gladstone, y con ello contribuyó a que Spencer y sir William Harcourt (ex ministro de Interior y pronto ministro de Hacienda) se decantaran por el Home Rule. Dentro y fuera del Gobierno, Randolph Churchill se había opuesto a las Leyes de Coerción, pese al hecho de que en 1885, como muy tarde, las únicas alternativas realistas para la política británica en Irlanda eran o el Autogobierno Irlandés o un prolongado período de «gobierno resuelto». Balfour, pese al apodo Linda Fanny que le daban al principio y aunque era despreciado en parte como aliado incierto por lord Randolph, poseía la firmeza mental para ver esto y la implacabilidad para proporcionar la severa resolución como Secretario en Jefe para Irlanda de 1887 a 1892. Churchill estaba entre los dos. Había tolerado la obstrucción irlandesa en la Cámara de los Comunes, pues le gustaban las dificultades parlamentarias. Había formado parte de varias oscuras negociaciones con Parnell. Y en privado despreciaba a los oscurantistas políticos del Ulster.

Cuando, por tanto, fue a Belfast en febrero de 1886, avivó la intolerancia religiosa y política y, en una posterior carta pública, acuñó el brillante, aunque completamente irresponsable, eslogan «El Ulster luchará; el Ulster tendrá la razón», hubo la amplia sospecha de que le motivaba más el oportunismo que los principios. Y esta sospecha no habría disminuido si los términos de una carta que escribió entonces a su amigo de Dublín lord Justice Fitzgibbon se hubieran conocido: «Decidí hace un tiempo que, si el G.O.M. [apodo de Gladstone, siglas de Grand Old Man, 'Viejo Gran Hombre'] apoyaba el Autogobierno, la carta de Orange sería la que habría que jugar. Quiera Dios que sea el as ganador y no el dos...».

Un ejemplo más extremo aún de la audacia sin principios de Randolph Churchill lo proporcionó unos años antes su explotación del asunto Bradlaugh al iniciarse las sesiones parlamentarias de 1880. La actuación en este asunto de la mayor parte de la Cámara de los Comunes fue un ejemplo supremo de hipocresía victoriana. El ateo y algo farisaico (pero por lo demás admirable) Charles Bradlaugh había sido elegido miembro por Northampton. Una mayoría plural de la Cámara de los Comunes hizo el ridículo al negarse a permitirle afirmar o prestar juramento (estaba dispuesto a hacer cualquiera de las dos cosas),

pese al hecho de que había sido votado en las elecciones parciales de Northampton por dos veces, motivada por esta intolerancia, y luego agravó en lugar de mitigar esta necedad aprobando una resolución de solidaridad y eliminando estas decisiones once años más tarde, cuando Bradlaugh yacía en el lecho de muerte.

La mayor responsabilidad de estas bufonadas parlamentarias residía en lord Randolph Churchill. Como a él le interesaba poco la religión, veía el problema como una oportunidad de destacar sobre Gladstone, que combinaba una profunda convicción anglicana con una creciente tolerancia. Dado el absoluto cinismo de esta empresa en general, lord Randolph la condujo de forma brillante, y, lo que constituye la característica redentora, de forma muy divertida. Consiguió retratar al Gran Viejo Anglicano como alguien (al apoyar los derechos de Bradlaugh) convertido al ateísmo, al republicanismo y a la contracepción, y lo hizo con tanto ingenio e impudicia que la mayoría de la Cámara se rió con él, y contra el primer ministro, ante esta ridícula declaración. Más en serio, quitó gran parte de la autoridad en los dos primeros años de un Gobierno que acababa de ser elegido con una mayoría de más de cien.

Había en lord Randolph algunas virtudes que contrarrestaban. No fue en modo alguno tan mal ministro como cabría esperar. Como secretario de Estado para la India durante siete meses en la segunda mitad de 1885, gozó de la estima de sus subordinados. Éstos estaban impresionados por su capacidad para trabajar duramente, su rapidez de comprensión y su sorprendente cortesía al tratar con ellos. Asimismo, se resistió a la voluntad de la reina de nombrar a su segundo hijo, el duque de Connaught, de forma muy inapropiada, comandante del Ejército británico en la presidencia de Bombay, y consiguió, de nuevo en contra del deseo real, el nombramiento del general Roberts, un soldado mucho más serio, aunque siempre temperamentalmente entregado a una política «hacia delante», al puesto más elevado de comandante en jefe de toda la India. Roberts y el virrey, lord Dufferin, empujaron a lord Randolph al acontecimiento clave de su breve paso por la Secretaría de Estado, que fue la anexión de la Alta Birmania. Esto permitió a Dufferin añadir Ava (el antiguo reino que era el núcleo del territorio añadido) a su título, pero para el historial de Churchill, simplemente añadió otra contradicción. Anteriormente había estado a favor de la limitación y la economía imperial: fue el único conservador destacado que se opuso al bombardeo de Alejandría por parte de Gladstone en 1882.

El breve mandato de lord Randolph en la India también estuvo marcado por su incapacidad de separar la Administración imperial de las polémicas de la política interna. Su presentación del presupuesto indio a la Cámara de los Comunes, por ejemplo, que por otra parte fue más lúcido e informativo de lo usual, contenía un violento ataque a lord Ripon, el predecesor de Dufferin, a quien Churchill unos meses antes había alabado en términos exagerados. Esto provocó una mezcla de inquietud y resentimiento. El nadir se alcanzó no obstante durante un discurso en Birmingham (donde estaba sosteniendo sin éxito la división central contra John Bright), cuando denunció el ofensivo espectáculo de «tres *babus* bengalíes» sentados en la plataforma de Bright en los augustos alrededores del ayuntamiento neogriego de esa ciudad. Por una frase barata, explotó su fama de amigo de los indios con educación.

Estos dos acontecimientos, no obstante, contribuyeron a la satisfacción de su deseo más constante y dominante, que era llamar la atención. Para cumplir este objetivo lo ayudaron en gran medida los periódicos, que reconocían plenamente su capacidad de estrella, aunque fuera breve y fugaz. Ese mes de noviembre (de 1885) fue calificado de «primera clase» por la Central News Agency, una categoría que compartió solo con Gladstone, Salisbury y Joseph Chamberlain. Eso significaba que sus discursos en el estrado eran reproducidos casi palabra por palabra, a diferencia de la columna destinada a Hartington, Dilke, Granville y Spencer, o la media columna que solían dedicar a Harcourt, Hicks Beach y otros varios políticos destacados.

Este *réclame* condujo a Salisbury a darle, un poco de mala gana, el segundo puesto en su segundo Gobierno, que se formó en julio de 1886. «Temía que lord Randolph Churchill fuera ministro de Hacienda y líder [de la Cámara de los Comunes], lo que a mí no me gustaba», fue el sucinto resumen que hizo la reina Victoria en su diario el 25 de ese mes. (Añadió: «Está loco y es extraño, y también tiene mala salud».)¹⁵ Tenía treinta y siete años y era el canciller más joven desde Pitt, que lo fue en 1782. Gladstone tenía casi cuarenta y tres años cuando ocupó el puesto, aunque Palmerston lo había rechazado a la edad de veinticinco años, en 1809. Sin embargo, Salisbury consideraba que la edad mental de Churchill estaba muy por debajo de lo que indicaba su certificado de nacimiento. «Su carácter—escribió, según se reconoce, inmediatamente después de la dimisión de Churchill a finales de año—está bastante indomado. Por su impuls-

vidad y variabilidad, así como por su tendencia que puede describirse con la palabra escolástica *vulgaris*, presenta las características de la juventud extrema».

No obstante, la diligencia de Churchill e incluso su destreza para dirigir la Cámara de los Comunes le valieron algunos aplausos. A principios de agosto consiguió terminar los asuntos necesarios y suspendió el Parlamento durante seis meses. Ocupó entonces los meses no parlamentarios de cuatro maneras principales. En primer lugar, realizó un viaje de incógnito por Berlín, Viena y París. El supuesto incógnito, el señor Spencer, lejos de conservar el anonimato, aumentó en gran medida el interés de la prensa por sus peregrinaciones, cuyo principal objeto parecía ser armar jaleo con su antiguo blanco, Stafford Northcote, reencarnado como conde de Iddesleigh e instalado como ministro del Foreign Office. La segunda actividad de lord Randolph fue dar los tres discursos de octubre, ampliamente anunciados, uno en Dartford, Kent, y dos en Bradford, donde se reunían las asociaciones conservadoras de la Unión Nacional, a las que le gustaba considerar un ejército privado útil para recordar a Salisbury el poder independiente de su teniente nominal. En estas diversas ocasiones fue el tono, más que el contenido (que era vago), de los discursos lo que le hizo dar la impresión de que no estaría mucho tiempo en el cargo. Habló como un dirigente independiente que fácilmente podría dar a sus tropas órdenes de ir en una dirección opuesta en cuanto hubiera determinado con exactitud cuál debía ser esa dirección.

Su tercera ocupación de aquel otoño, y la que realizó con facilidad y deleite, fue discutir con sus colegas. En sus peleas con lord George Hamilton en el Almirantazgo y con el gran agente de noticias W. H. Smith, del Ministerio de Guerra, había cierta base racional. Estaba decidido a recortar sus cálculos de gastos. Pero también discutía de forma gratuita con al menos otros siete ministros, incluido Hicks Beach, su inmediato predecesor como canciller tory, que elegantemente le había dejado pasar y era su colega más amistoso. Y, como para asegurarse de que no dejaba a nadie fuera, en noviembre escribió una carta al primer ministro expresando su desilusión general con él, su Gobierno y el bajo nivel intelectual y los prejuicios de clase de todo el Partido Conservador en la Cámara de los Comunes.

Su cuarta actividad parece más constructiva, pero, a la vista de las consecuencias lógicas de las otras tres, resultó igualmente estéril. Confeccionó, a principios de diciembre, un presupuesto completo

para presentarlo en abril. Era un presupuesto turbulento en el sentido de que arrancaba casi todas las plantas del jardín, miraba sus raíces y las volvía a plantar en un lugar algo diferente. Pero no pretendía alterar la forma del jardín. Contenía varias medidas atractivas, incluida una rebaja de los impuestos de ocho a cinco centavos por libra y la abolición de los aranceles del té. Esto quedaba equilibrado con un leve grado de imprevisión (una reducción del fondo de amortización para redimir la deuda del Gobierno), un poco de arreglo al alza de los impuestos indirectos no regresivos (vino, caballos y cartuchos) y un reajuste (principalmente en favor de los hijos menores) de los derechos de herencia.

Fue una hazaña extraordinaria de autodisciplina mecánica hacer todo eso en esta etapa, e impresionó debidamente a la mayoría de sus funcionarios del Tesoro, que, como los de la Secretaría de la India, lo encontraban cortés, completo y rápido. Pero no era un tributo a sus antenas políticas. La idea de que un presupuesto pudiera ser sellado con casi medio año de antelación, puesto en hielo y sacado en perfectas condiciones y listo para su entrega en el último momento, era muy poco realista incluso en la época en que los cancilleres no se ocupaban de la macroeconomía y cuando la moneda británica se hallaba espléndidamente aislada. Churchill incluso cometió el error de llevarlo al Gabinete con cuatro meses de antelación, sacrificando así la prerrogativa normal del canciller de obsequiar a sus colegas con una rigurosa y apremiante necesidad de decidir entre su presupuesto o ninguno. Fue recibido con frialdad. La frialdad lo alejó aún más de sus colegas. Al cabo de unos días se sumergió en su carta de dimisión del 22 de diciembre. Casi con toda seguridad se trataba de una estratagema y no de un acto definitivo. Pero Salisbury ya estaba más que harto. Era un táctico mejor, aunque más tranquilo, que Churchill. Y no era un hombre que se resistiera al suicidio de un estorbo. Lord Randolph se marchó y lo hizo para siempre.

Hubo algunos aleteos, pero no más, del agonizante volcán durante los restantes ocho años de su vida. «Él fue el principal plañidero en su propio largo funeral», fue la terrible frase de Rosebery, que siempre fue mejor en sus frases que como primer ministro (1894-1895), acerca de este período final de la vida de lord Randolph. Cuando lord Randolph murió en enero de 1895, Winston Churchill tenía poco más de veinte años. Era lo bastante mayor como para haber conocido bien a su padre, pero no era así. Compensó esto envolviendo en un resplandor rosado a su casi desconocido y, cuando lo conoció,

preocupado, malhumorado y desalentador padre. Su biografía filial, escrita en su mayor parte nueve o diez años después de la muerte de su padre, logró la notable hazaña de ser partidista, a menudo nada convincente y, aun así, fresca y agradable de leer casi cien años después de que se empezara. Contribuyó en gran medida a la reputación póstuma de lord Randolph, aunque ya poseía una curiosa capacidad de supervivencia. Su reputación, o al menos su fama, fue superior a lo que se merecía. Una valoración más realista es que lord Randolph fue único desde Pitt en cuanto a que atrajo mucha atención política al morir tan joven. Pero Pitt fue primer ministro durante diecinueve de sus cuarenta y seis años. En el caso de Churchill, la proporción con los mismos años de vida en un cargo inferior se limitó a once meses. Se podría decir, justificadamente, que su carrera no tuvo rival en armar tanto ruido y conseguir tan poco. El principal legado que dejó a su hijo mayor (había muy poco dinero) fue el deseo de desempeñar un papel, junto con la convicción de que también era probable que él muriera joven y que, por tanto, sería mejor que se diera prisa en conseguirlo.

Éstos fueron los orígenes algo dudosos de Winston Churchill. Ya hemos hablado de algunas decepciones e influencias emocionales de su infancia. Es evidente que no fue una infancia notablemente mimada y justifica la afirmación de John Grigg de que los antecedentes rurales galeses de Lloyd George, aunque no opulentos, con la temprana muerte de su padre, maestro de escuela, que le obligó a depender de su tío materno, zapatero remendón en el pueblo, fue no obstante más privilegiada en cuestiones que para un niño son más importantes que el ambiente ducal de Winston Churchill.¹⁶ Fue afortunado al tener a la señora Everest, quizá menos en sus escuelas. La brutalidad de la primera ya ha sido descrita. La segunda compensaba su blandura con una falta de rigor intelectual. La tercera fue Harrow. En conjunto, uno tiene la impresión de que su falta de calidad académica no fue tan acusada como en general se ha presentado. Sin duda no fue un clasicista natural. Tampoco compensó esta deficiencia siendo un matemático natural. Pero le gustaba la historia narrativa y poseía un interés excepcional por ella y aptitudes para el empleo de la lengua inglesa. Esto lo percibieron y apreciaron sus profesores más inteligentes. Puede que no reconocieran su potencial capacidad de componer algunos de los discursos más sonados en la historia de la lengua. Pero reconocían que había algo inusual en él que valía la pena tratar de sacar a la luz. El que tuvo más éxito en esta empresa de

«abrir la mente» fue Robert Somervell, el maestro de Inglés de la escuela primaria. Como dijo Churchill en *My Early Life*, escrito, utilizando la frase de la canción de la escuela de Harrow, cuarenta años después:

El señor Somervell—un hombre encantador, con quien tengo contraída una gran deuda—era el encargado de la tarea de enseñar a los chicos más estúpidos lo más descuidado, a saber, escribir simple inglés. Él sabía hacerlo. Lo enseñaba como nadie lo ha hecho jamás [...]. Como estuve en el Tercer Cuarto [una clase muy descuidada] tres veces más que nadie, obtuve tres veces más de ello. Lo aprendí muy bien. Así metí en mis huesos la estructura esencial de la frase británica corriente, lo cual es algo noble.

(Somervell tenía dos hijos. Uno, David Somervell, profesor de Historia en Oxford, publicó un estudio exculpatorio de Baldwin en 1953. El otro, sir Donald (posteriormente lord) Somervell, fue subfiscal de la Corona con Baldwin antes de ser el primer fiscal general de Neville Chamberlain y, después, de Winston Churchill de 1936 a 1945, temporalmente ministro de Interior en el Gobierno tory, «cuidador» de Churchill aquel verano y, por último, Lord of Appeal in Ordinary.)¹⁷

Somervell no fue el único maestro que se tomó un interés especial por Churchill. J. E. C. Welldon siguió a Montagu Butler (el tío abuelo de R. A. Butler, que fue trasladado al magisterio del Trinity College, en Cambridge) como director de Harrow en 1886. Al parecer, Churchill llamó la atención de Welldon por recitar sin cometer ninguna falta mil doscientas líneas de *Lays of Ancient Rome*, de Macaulay. Ganó por ello un premio abierto a toda la escuela, aunque aún languidecía en la clase más baja. El problema era el dominio clásico del período y la combinación, en Churchill, de poca voluntad e incapacidad para grabar en su mente la gramática y los textos griegos y latinos. Un poco más adelante, Welldon intentó reparar esta deficiencia dándole clases especiales durante tres breves cuartos de hora a la semana. No salió bien. Churchill permanecía impermeable a las sutilezas de la construcción latina. «El señor Welldon parecía sufrir dolor físico cuando se cometía un error...», escribió el alumno muchos años más tarde. «Recuerdo que, más adelante, el señor Asquith solía tener la misma expresión en la cara cuando a veces yo adornaba una discusión en el gabinete sacando una de mis pocas pero fieles citas latinas».¹⁸

En la época de sus clases especiales con Welldon, habían puesto a Churchill en la clase del ejército, en la que pasó los últimos tres años de su estancia en Harrow. Se trataba de un grupo segregado de di-

versas edades que, según él afirma, hizo que estuviera «apartado del movimiento corriente de la escuela de ir de clase en clase». Esta repentina sacudida al parecer fue consecuencia de su falta de evidentes logros escolásticos y su creciente interés por todo lo militar. Esto impresionó a su padre, quien en una rara visita a su sala de juegos vio su colección y despliegue de mil quinientos soldados de plomo. La visita a la sala de juegos coincidió con la reciente convicción de lord Randolph de que Winston no era lo bastante listo para la abogacía. La idea de que era un zoquete carente de interés y que no se interesaba por nada era, sin embargo, casi por entero errónea. Churchill era capaz de escribir redacciones generales muy buenas. Su memoria era fenomenal, como demostró su proeza con el texto de Macaulay. Y siempre que se entusiasmaba, como ocurría sobre todo con la historia (quizá en particular con la historia militar) y la literatura inglesas, y no se sentía inhibido por las grandes barreras de los clásicos y las matemáticas, lo hacía bien. Estas cualidades fueron reconocidas por Welldon, quien no solo le dio las inútiles clases especiales sino que también mantuvo una larga correspondencia con él durante los años en que estuvo en la India como alférez.

Harrow era por aquel entonces una escuela más famosa que en la actualidad. Estaba mucho más cerca de Eton como escuela de la clase dirigente. No había salido de una fundación colegiada religiosa, como ocurría con Eton y Winchester, y siempre fue una «escuela» y no una «universidad». Esto tal vez la hacía más orientada a la riqueza (al menos públicamente). Pero, como ya había producido cinco primeros ministros, incluidas las dos estrellas del siglo XIX, Peel y Palmerston, e iba a producir otros dos en las personas de Baldwin y el propio Churchill, poseía un considerable historial político. No proporcionó a Churchill muchos de sus futuros colaboradores íntimos: Leo Amery, con el que mantuvo relaciones siempre espinosas, y David Margesson, el temido whip, fueron los que más se aproximaron (y no mucho) a esta categoría. Pero le proporcionó a su general favorito de la Segunda Guerra Mundial (el mariscal de campo y conde Alexander of Tunis) y su secretario particular favorito (J. R. Colville). Churchill no fue paternalmente leal a Harrow: envió a su hijo a Eton, sin resultados demasiado afortunados. Pero estaba unido sentimentalmente a su vieja escuela. Tras su visita a la ceremonia de la School Songs en diciembre de 1940, cuando fue recibido extáticamente en un período de su vida impresionable emocionalmente, adquirió la costumbre de asistir a esta nostálgica ocasión, y para él satisfactoria-

mente lacrimógena, durante la mayor parte de sus veinticuatro años de vida restantes.

Harrow no preparó particularmente bien a Churchill para la Real Academia Militar de Sandhurst. Tuvo que realizar tres intentos y fue eliminado tras el segundo fracaso con un conocido profesor llamado capitán James, en el Earl's Court Road de Londres. Aunque sus estudios intensivos se retrasaron varios meses debido a un grave accidente en que se le desgarró un riñón como consecuencia de haber saltado (para no ser capturado en un juego) nueve metros desde un puente en Dorset, el «renombrado sistema de estudio intensivo» del capitán al final tuvo éxito y Churchill logró ser aceptado como cadete de caballería. La ventaja de la caballería era que exigían calificaciones inferiores que en infantería, y la desventaja era que la vida en los cuarteles de caballería era considerablemente más cara. Churchill había obtenido buenos resultados en sus exámenes de Historia y (lo que sorprende más) en Química. En otros le había ido muy mal. «Tenía que buscar otra asignatura útil». Eligió Matemáticas en lugar de Latín y Francés, las otras opciones posibles, y con un gran acto de voluntad pronto aprendió lo suficiente para estar capacitado. Luego, estos conocimientos ajenos «desaparecieron como la fantasmagoría de un sueño provocado por la fiebre».¹⁹ Pero lo habían admitido, y fue a la Real Academia Militar en septiembre de 1893, donde permaneció durante quince meses.

Churchill tuvo una buena actuación en Sandhurst. Aunque había entrado con dificultad, acabó octavo entre ciento cincuenta. También demostró ser bueno con los caballos. Abandonó la academia en diciembre de 1894, nueve meses después del final del último mandato de Gladstone. Lord Randolph, que había regresado de un infructuoso viaje por el mundo para recuperar la salud la víspera de Navidad, murió el 24 de enero de 1895. Winston Churchill fue nombrado segundo teniente del 4.^º regimiento de Húsares en febrero. Su paga era de poco más de ciento cincuenta libras al año (aunque casi trescientas en la India, adonde su regimiento estaba a punto de ir), pero necesitaba al menos otras quinientas (aproximadamente veinticinco mil actuales) para vivir según el estilo del regimiento. No le había quedado mucho dinero de su padre. Aún tenía a su madre, «de cuarenta años, joven, hermosa y fascinante»,²⁰ como la describió en la época, pero económicamente suponía otra sangría, aunque fuerte en influencia en cuanto a contactos. Por lo demás, se hallaba solo.